

Puños de agua, entre la inocencia y la decadencia

Puños de agua y otros cuentos

SANTIAGO GALLEGO

Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia, Medellín, 2019, 118 pp.

EL SER humano suele hacer el tránsito entre sus edades sin percatarse del potencial narrativo y la complejidad argumental de cada una de ellas, y cómo se va tejiendo la trama de su historia vital. Esto, claro, hasta que aparece un escritor que fija su atención en una o muchas vidas, incluyendo la propia, para convertirlas en literatura.

La decisión sobre el género en que se trabaja esa materia prima, por supuesto, es fundamental, y dependerá de varios factores atravesados por la subjetividad del creador. Así, frente a la hoja en blanco y suponiendo que el autor tiene predilección por la prosa narrativa, podrá emprender una torrenciosa novela con la épica de una vida, o un cuento que capture el momento epifánico en el que esa vida se fractura o se transforma.

Fijada la mirada en el creador-cuentista, es quizá este el que mayor número de decisiones deba tomar frente a su materia prima, dadas las exigencias formales y estilísticas de su género, además de la mucha teorización de la que es objeto. Conocer la naturaleza del cuento, su comportamiento como género con una larga historia y un desarrollo moderno ambicioso, es una tarea ineludible para quien aspire a dominarlo. En este sentido, quien quiera llegar a ser un cuentista notable deberá primero ser un muy buen lector de cuentos. Entre otras cuestiones que debe contemplar el cuentista, hay dos que, aunque parecieran insustanciales, muchas veces determinan la suerte de su creación desde el punto de vista editorial: la tradición en la que se inscribe y los lectores posibles. Llegados a este punto, es preciso anotar que el mito de que las editoriales no publican cuento, y que se lee poco, cada vez tiene menos sustento. La proliferación de revistas, tanto físicas como virtuales, y los concursos promovidos desde instancias públicas y privadas, han contribuido

a robustecer la oferta de lectura, propiciando además el entusiasmo por los encuentros, clubes y eventos dedicados a difundirlo y estudiarlo.

Ubicados desde el punto de vista del lector, el cuento difícilmente resiste generalizaciones y objetividad a la hora de ponderarlo. La aparición de un nuevo volumen, en una tradición con grandes cuentistas como la colombiana, y marcado con el rótulo de un premio nacional, siempre pone a los lectores devotos del género en el terreno de la expectativa, más si se trata del primer libro de un autor. En muchas ocasiones habrá decepciones. En otras tendremos gratas sorpresas.

Tal es el caso con *Puños de agua y otros cuentos*, colección con la que el docente y traductor Santiago Gallego obtuvo en 2019 el primer puesto en el XIV Concurso Nacional de Novela y Cuento de la Cámara de Comercio de Medellín. Un nutrido y experimentado jurado, compuesto entre otros por los narradores Luis Noriega y Margarita García Robayo, deja en claro en la primera línea del veredicto el rasgo que define la solidez de la propuesta: es un “libro unitario”. Aunque esta característica puede ser discutible, pues hay quienes consideran que un libro de cuentos no necesariamente debe estar atravesado por un factor que lo unifique, sí que evidencia madurez estilística y un trabajo de arquitectura narrativa que permite que el conjunto sobresalga.

En efecto, los siete cuentos convergen alrededor de lo generacional, dando cuenta de una etapa claramente identificable en la historia reciente de Colombia —los años noventa—, en la que un puñado de personajes se nos presentan mediante un fresco de voces y conflictos, sutiles e íntimos algunos, y otros desgarradores y sin salida. Sobresalen la resonancia y la autenticidad del lenguaje cotidiano, que trae ecos de la narrativa de Manuel Mejía Vallejo y emparenta la propuesta de Gallego con la de cuentistas como Luis Miguel Rivas y David Betancourt.

Una mirada panorámica tras la lectura nos permite señalar algunas singularidades de las historias que reafirman la percepción de unidad. Las contradicciones y la extrañeza del final de la niñez y la adolescencia temprana, cuando la inocencia y la crueldad son

como balas cargadas en un mismo proveedor, quedan expuestas en “Coquejitos” y “Puños de agua”. En este último, el motivo de una integración escolar le sirve al autor para perfilar la fauna adolescente en un ecosistema que termina siendo una simulación de la vida que les espera, con sus alegrías, tristezas, caídas y excesos. “En adelante, hasta la adultez y tal vez hasta la muerte, todos ellos —salvo algunas excepciones anómalas— quedarían integrados como esas bolas de cera que los niños hacen el día de las velitas: robustas, impenetrables y en cierta medida monstruosas” (p. 19), metaforiza el autor.

Y si con algo crecieron los adolescentes de los noventa fue con la televisión y el recuento cotidiano de los hechos de barbarie en los noticieros. Con un hábil contrapunto personal y alusiones a noticias y hechos reales en el Medellín de esa época, “Hasta aquí los deportes” marca el giro del conjunto hacia la violencia en diferentes niveles. El súmmum del estilo y la fuerza narrativa lo encontramos en “Reflexiones para el doctor Fantino”, donde un adolescente desfogó su rabia en una suerte de diario que su terapeuta le ha propuesto llevar. Este torrencioso flujo de conciencia da paso a “No le digas a nadie”, en el que también se exponen el acoso psicológico y el matoneo entre adolescentes.

Con “El falsificador” el autor no pasa por alto la atracción y el sentimiento amoroso, con la precocidad y los devaneos homosexuales tan comunes en la etapa de exploración de la adolescencia, pero muchas veces invisibles y duramente castigados por la sociedad.

La progresión en el retrato de estas vidas en tránsito culmina con el ocaso y la decadencia de la vejez, que llevan a José Hilario, protagonista de “Sabaletas”, en un recorrido sin rumbo por la ciudad que ya se diluye en su memoria. Cierra así el autor un conjunto de cuentos donde brillan la honestidad y una auténtica pulsión por contar historias bien contadas, sin artificios. Esto siempre lo agradeceremos los lectores.

Juan Felipe Gómez